

LE ER

Número 298
8 €



Exilios y errancias

Hilda Stern, poeta del Holocausto, por Antonio Pau
Las maletas de Jean Genet · Zenobia Camprubí

EL DESCARGO DE FINKIELKRAUT

REACCIONARIOS, DICEN

El filósofo francés desarticula 'En primera persona' (Encuentro) los equívocos intelectuales que han favorecido un estado de ánimo inquisitorial hacia toda disidencia que cuestione los argumentos de progreso de la izquierda. El veterano pensador se rebela contra la imposición de la nueva letra escarlata.

Por **Fernando Palmero**

Anadie extraña ya que en el debate intelectual determinadas palabras que comenzaron a utilizarse de manera justificada como etiquetas nominativas hayan quedado asentadas como estigmas estereotipados que descalifican, sin que se tenga que dar ya explicación alguna, a un pensador, a un sistema filosófico o a un libro. Desde hace algunos años, *facha* se ha convertido en la más cómoda y directa forma de discriminación política e intelectual, desde posiciones instaladas en una supuesta superioridad moral. También *reaccionario*, que aparece cada vez con mayor frecuencia como insulto. En el momento en el que es arrojada contra alguien, a nadie le cabe ya duda de que ese alguien debe ser separado —para evitar contagios indeseados— del bando de los que conciben el pensamiento y la historia como un camino ascendente y progresivo, cuya finalidad sería alcanzar la perfección ética del hombre y un orden social sin desequilibrios. Reaccionario se dice de aquel que no es *progresista*, es decir, de aquel que aspiraría, supuestamente, a detener el inexorable e indefinido avance de la humanidad a lo largo del tiempo histórico. Alguien, en definitiva, para el que los cambios no supondrían ninguna mejora, sino todo lo contrario, un alejamiento de un mítico pasado de esplendor, a cuyo modelo habría que regresar porque solo en él residen los valores inmutables de la rectitud humana.

Por contra, progresista mantiene las connotaciones de un juicio de valor que lleva añadido la concesión de un certificado que garantiza encontrarse en el lado correcto de la Historia. Como ha estudiado Jacques Le Goff en *Pensar la historia*, el concepto de progreso comienza a aparecer en el siglo XVI, pero su transformación en ley general del desarrollo humano y de una concepción del tiempo moderna, esto es, una concepción del tiempo que no es ya estática o cíclica (como en las sociedades agrícolas) sino lineal, va en paralelo al desarrollo de la técnica y la ciencia, al movimiento ilustrado y al crecimiento económico fruto de la Revolución Industrial en el XVIII. Pero habrá que esperar hasta el siglo XIX,

explica Le Goff, para ver nacer el concepto de reacción como «contraideología», como etiqueta «peyorativa y despectiva» que designaría «las corrientes de pensamiento y de acción hostiles a la Revolución francesa y a la idea de progreso que en ella se originó». Durante dos siglos el paradigma progreso/reacción fue interiorizado por una sociedad occidental para la que el periodo de las revoluciones liberales supuso la llegada de la democracia burguesa y una indudable mejora de las condiciones materiales de vida (no sólo económicas, también fruto de los avances médicos), y asumió que no había marcha atrás en la civilización, porque la civilización misma era el progreso (como demostraban los hallazgos de Darwin), y que la Humanidad no volvería ya nunca a su primitivo estado de barbarie. Las dos guerras mundiales y las traumáticas experiencias que supusieron el Holocausto y el Gulag hicieron imposible seguir manteniendo esa concepción del tiempo histórico y comenzó a separarse la idea de progreso tecnológico, económico y social de la concepción del progreso como perfeccionamiento moral. Desde entonces, «a pesar de las ocasionales resurrecciones de la idea de progreso como ley de desarrollo histórico (que tienen ya un mero carácter retórico e ideológico)», explica Enrique Moradiellos en *La persistencia del pasado* (Universidad de Extremadura), «parece indudable que dicha idea ha desaparecido de nuestro universo cultural porque la turbulenta experiencia social contemporánea no refrenda sus contenidos optimistas y utopistas genéricos».

Y, sin embargo, el término progreso sigue operando en el discurso político, intelectual y mediático. En su forma positiva, ligada a las concepciones culturales de la izquierda. En su forma negativa, reacción, y con ella el sujeto que la protagoniza, reaccionario, como lo que definiría a la derecha sociológica y política. En puridad, una reacción no es más que una acción que se opone a otra acción. Pero el uso ideológico del término ha querido que el reaccionario sea el envés negativo del revolucionario, a cuyas acciones se otorga el privilegio

de ser las positivas. Por eso es habitual que el término señale con especial saña a aquellos que, como *El hombre rebelde* (Alianza) de Camus, se niegan a vivir solo para la «finalidad totalizadora (...)». La rebelión es, en el hombre», señala el escritor francés, «la negativa a ser tratado como cosa y a quedar reducido a la simple historia. Es la afirmación de una naturaleza común a todos los hombres, que escapa al mundo del poder».

Y es probable que sea esta rebeldía la que ha llevado a Alain Finkielkraut a publicar *En primera persona* (Encuentro). Porque también él viene de la revolución (o al menos de su caricatura, que fue Mayo del 68) y ha sido marcado, como se lamenta, con la R., «la nueva letra escarlata».

Un itinerario intelectual

Cansado de «sufrir epítetos inamistosos», Finkielkraut (París, 1949), filósofo, escritor, polemista mediático, profesor y miembro de la Academia Francesa, se ha decidido a escribir, «pase por una vez, en primera persona», para «precisar la situación en que me encuentro y volver a trazar mi itinerario sin evasivas ni complacencias». Un itinerario intelectual que comienza en las asambleas estudiantiles y las barricadas de la capital francesa, donde, confiesa, «bebí, para mis primeras intervenciones, en un léxico que todavía me resultaba extraño en el mes de abril». Pero los «farolillos del 68» se fueron lentamente apagando hasta diluirse, explica, justo en el momento en el que se produce su regreso a los clásicos, primer peldaño, aunque no lo supiera aún, hacia la cima de la reacción. Junto a Pascal Bruckner escribe en 1977 *El nuevo desorden amoroso* (Anagrama), ya entonces una obra polémica cuya publicación supondría hoy una denuncia implacable del feminismo militante, vanguardia actual del progresismo. Al fin y al cabo, dice Finkielkraut, aquel libro no era sino una relectura de Levinas, con el propósito de combatir el concepto de amor como experiencia «fusional» entre seres diferentes, muy propio de las percepciones sesentayochistas. «Levinas», escribe Finkielkraut, «invierte por completo la perspectiva: en vez de ver en el amor una sublimación del deseo, muestra lo que hay ya de amor (es decir, de experiencia de la alteridad) en el abrazo carnal». Todavía faltaban muchos años para que los estudios de género penetrasen en los departamentos universitarios, donde el filósofo lituano no puede ya ser citado sino como enemigo a combatir. «El pobre desgraciado» de Levinas, dice Finkielkraut de manera irónica, «ignoraba que la diferencia de los sexos es una pura construcción social, y que una vez reducidos a polvo los viejos estereotipos por medio del paciente trabajo de la deconstrucción, cada uno podrá decidir soberanamente su identidad (...)». «Lo patético del amor consiste en una dualidad insuperable de los seres», ha escrito Levinas (...). La relación con el Otro es mejor como diferencia que como unidad: esa era entonces para nosotros, y así ha seguido siendo después, la gran lección de Eros».

Desde esa primera ruptura desarrollará Finkielkraut a lo largo de su dilatada obra una denuncia de las con-



cepciones progresistas de la izquierda europea que le han granjeado una manifiesta animadversión intelectual y un despectivo hermanamiento con aquellos reaccionarios que vieron en la Revolución francesa, esto es, en el origen mismo de la modernidad, un movimiento aberrante y contra natura, como pensaba Burke. Nada hay de reacción en Finkielkraut, sin embargo. No la hay en la ridiculización de las ideologías de género, que pretenden sortear la realidad biológica para convertir la sublimación del deseo (por naturaleza, voluble), o del puro sentimiento coyuntural, en la verdadera identidad sexual como elemento configurador de una posición política determinada. Como no lo hay en la denuncia del renacer del antisemitismo bajo la máscara de un antisionismo que identifica a Israel con el nazismo; ni en la defensa de los valores occidentales de democracia liberal y libertad de mercado frente a la barbarie islamista y el relativismo cultural que pretende que todas las religiones son iguales y que los Estados occidentales deben admitir las diferencias *culturales* de los inmigrantes haciendo un uso flexible de la ley, como si no fuera precisamente la ley una de las principales diferencias entre civilización y tribalismo; ni en la reivindicación de la historia y la cultura occidentales ante los adanistas que creen llegada su hora y se empeñan en empezar de cero despreciando todo lo que otros pensaron y escribieron antes de ellos; ni, finalmente, por su alegato en favor de la lengua francesa frente al avance del lenguaje técnico universal anglosajón. Citando a Léon Werth, «el gran amigo judío de Saint-Exupéry», concluye Finkielkraut: «Me debo a una civilización, a Francia. No tengo otro modo de vestirme. No puedo salir completamente desnudo».

El lamento final de un texto tan conciso como necesario es el reflejo de eso que ha empezado a definirse ya como *batalla cultural* y de la certeza de que «lo que caracteriza a nuestro tiempo no es la evitación irénica o atomizada de las querellas, sino su reemplazo por la práctica feroz de la excomuniación (...) [por quienes] se arrogan, con toda buena conciencia, el monopolio de la palabra legítima». Reaccionarios, dicen. ●